

LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS, ADRIANO M. AGUIAR, DIEGO CAPELLA
Y PONS, MIGUEL F. RODRIGUEZ Y JUAN CARLOS CARVALHO

ADMINISTRACION

Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. XXII

SUSCRICION ADELANTADA

Cuatro números \$ 0.50

LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, DICIEMBRE 14 DE 1885

SUMARIO—Plus ultra—por Eduardo D. Forteza—Mi ángel, poesía, por Adriano M. Aguiar—Luz del alma, poesía, por Isaias Ximenez—La Góndola Misteriosa, (continuacion), por Pedro Ximenez Pozzolo—Hace diez años, poesía, por Victor Arreguine—Flores y lágrimas, poesía, por Rafael P. y Blanco—Agonia, poesía, por Adriano M. Aguiar—Dia de difuntos, poesía, por Miguel F. Rodriguez—Flores del alma, poesía, por Manrique—La idea, por Eduardo D. Forteza—¿Qué importa!, poesía, por P. Ximenez Pozzolo—Rima, poesía, por Poder—Cantares, por Zenemix.

Plus ultra

Este es el lema que debe grabarse con letras de oro en el pabellon del progreso de las generaciones contemporaneas, pabellon que debe enarbolar la humanidad con brazo pujante y firme, prosiguiendo imperterrita en su marcha triunfal por el vasto campo del mundo científico, artístico y literario.

El hombre armado caballero con las potentes armas del saber, vive en un ambiente de paz que regenera su espíritu trocándole de débil en fuerte, ageno á las miserias y penalidades de esta vida tan dolorosa como efimera.

Hay una ambicion la mas noble y grande quizá de todas las ambiciones y es la de saber, la de desgarrar las espesas brumas de la ignorancia, esa lepra del alma, para penetrar en el mundo de la verdad con sed de lo desconocido.

Comparar lo que se conoce con lo desconocido es comparar un grano de arena con la montaña del Chimborazo, es comparar la

humilde luz de una luciérnaga con la luz del faro colosal que alumbra nuestro sistema planetario.

Este hecho se halla muy bien simbolizado en el dicho inmortal *solo sé que no sé nada*, del célebre filósofo griego Sócrates, ciudadano austero que prefirió beber una copa de cicuta antes que desobedecer las leyes tiránicas de su patria.

Cuenta la fábula que Hércules, aquel atleta vigoroso que tan pronto demostraba su valor en empresas titánicas como demostraba su debilidad hilando á los pies de su amante Onfale, al colocar las famosas columnas de granito en el estrecho conocido hoy con el nombre de Gibraltar, esculpió en ellas con letras de oro el lema retrógrado *Non plus ultra ó sea no mas allá*.

El *non plus ultra* es la divisa del oscurantismo, que se empeña en llamar anarquistas á los innovadores, verdaderos motores del progreso.

Colon despreciando el *non plus ultra* jactancioso de Hércules se lanzó en busca del glorioso mundo que habia soñado al grito de *plus ultra ó sea mas allá*.

Galileo afrontando con valor las diatribas rastreras de la ignorancia, prueba en contra de las creencias erróneas de su época que la Tierra gira alrededor del Sol centro del sistema planetario y se vé encerrado por el Tribunal del Santo Oficio en oscuro y húmedo calabozo y obligado á abjurar sus ideas, exclamando en un momento de indignacion *é pur sí muove*.

Foulton aplicando la fuerza motriz del vapor de agua al arte de la navegacion contraresta los furios del mar y consigue domarlo como á una fiera.

Franklin roba el fuego celeste desafiando la cólera de Dios.

Los hermanos Mongolfier inventando los globos aerostáticos permiten pasear al

hombre por donde antes solo pudo pasear su fantasía.

Volta y Galvani descubriendo la electricidad dinámica, que ha tenido numerosísimas aplicaciones, utilizándose ventajosamente en la industria, dieron un impulso gigantesco al mundo científico.

Por medio de ese precioso agente se ponen en comunicacion directa unos pueblos con otros, á inmensas distancias y en brevísimo espacio de tiempo, ya por una tupida red de hilos galvánicos que se entrecruzan por encima de nuestras cabezas, ó ya por interminables cables submarinos que transmiten el pensamiento con suma fidelidad.

La locomotora se desliza como un reptil por los oscuros túneles que traspasan las entrañas de las mas grandes montañas; recorre con la velocidad de la corza de pies de bronce de la leyenda griega, valles floridos y extensísimas llanuras, saltando arroyos, rios y torrentes bramadores; ó vuela como ave aligera, trepada en puentes aéreos, sobre nuestras cabezas, poniendo en comunicacion directa unos pueblos con otros y fomentando de esta manera el comercio, la industria y la civilizacion de las naciones.

Hoy la fuerza mecánica reemplaza á la fuerza corpórea del hombre; lo que antes hacian los brazos cansados y sudorosos del obrero lo hacen hoy los incansables brazos de hierro de las máquinas.

La inteligencia vence á la fuerza y el espíritu á la materia.

En la perenne y encarnizada lid que sostiene la ciencia y la naturaleza, la primera vá ganando terreno paulatinamente, arrancándole sus secretos y soñando siempre un glorioso triunfo contra el tiempo y el espacio.

Si Galileo, Arquímedes y todos los sábios de la antigüedad se levantaran de sus tumbas, creerian encontrarse en un mundo encantado, al contemplar las portentosas evoluciones que en el mundo ha operado la inteligencia humana.

Luz... luz... más luz, decia Goëthe en el momento de exhalar el postrimer suspiro; y nosotros debemos de decir siempre, en todas las etapas de nuestra vida, ya sea en los momentos de mayor alegría, ya sea en los momentos de mayor tribulacion: *Plus ultra*.

Eduardo D. Forteza.

Mi Ángel

La tierna balada
De un bardo bohemio,
En sus notas no emula en belleza
Al ángel que adoro,
Vision de mis sueños.

Despunta en Oriente
El día risueño,
Su diadema de luz y armonía
En rayos de oro,
Alegre encendiendo.

Más, pálido queda
Su vivo destello;
Si en sus ojos brillantes y azules,
Fugaz metecro,
De amor arde el fuego.

La noche callada
Señora del sueño,
Con su córte de estrellas que cantan
Magnífico coro
De gloria al eterno.

El lirio que mece
El aire lijero
Esmaltada su blanca corola
En tímido lloro,
De aljófár del cielo.

La verde palmera
Que al borde contemplo
Del arroyo, que cruza entre rocas
Su rico tesoro
De perlas vertiendo

El ancho renúfar
Que á impulso del viento,
En la linfa del lago dormido
Imprime sonoro
Su cálido beso.

La guzla que gime
Allá en el desierto,
Y en sus ayes monótona expresa
La pena de un moro
De amores enfermo.

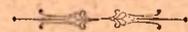
No brindan á mi alma
La dicha que anhelo,
Que es mirarme en los ojos azules
Del ángel que adoro,
De rubios cabellos.

Desplega tus alas,
Remonta á lo etéreo,

Y al alcázar de eterna ventura
Me lleves te imploro
Vision de mis sueños!

Montevideo Diciembre 13 de 1885.

Adriano M. Aguiar.

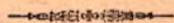


Luz del alma

Tú, el ensueño constante de mi anhelo,
El dichoso consuelo
Que ahuyenta mis pesares en el mundo,
Oye mi canto, á tu pasion ofrenda,
Como sencilla prenda,
Que te brinda mi amor grande y profundo.
Escucha mis acentos que han nacido
Del fuego que encendido,
Arde dentro del alma eternamente
Como la llama de brillante idea
Que rápida chispea
Y disipa las sombras de la mente.
Que resuene en tu oido cadenciosa
Mi palabra ardorosa,
Que encuentre yo en tu amor mi venturanza,
Y siempre mire entre celajes bellos,
Los mágicos destellos
De la esplendente luz de la esperanza.
Que sepas tú que mi ardoroso pecho
Es asilo yá estrecho,
A la pasion que dentro de él se agita;
Que la siento crecer como el oceano
Que se alza soberano
En oleada espumosa que palpita.
Que mi recuerdo se halle eternamente
Dentro de tu alma ardiente,
Como se encuentra el tuyo aquí en la mía,
Y de tus ojos negros que me alumbré
La fulgurante lumbre
Aún más hermosa que la luz del dia.
Que siempre escuche plácido en mi oido
El éco bendecido
De tu voz melodiosa cuál la brisa,
Y que en tu faz esplendorosa y bella,
Nunca mire otra huella
Que la que deja divinal sonrisa.
Que cual volcan que extremeceido ruge
Y con violento empuje
Levanta las entrañas de la tierra,
Sientas por mi tu amor, y que en mi alma
Halle asilo la calma
Dulce y tranquila que tu sér encierra.

Que alumbres como e-trella bendecida
La senda de mi vida,
Que tus rayos me inunden con su fuego,
Y que nunca te apartes del camino
Que me marca el destino
Y por el cual sin tí yo marché ciego.

Isaias Ximenez.



La góndola misteriosa

(CONTINUACION)

EL AMOR

Cuando Judit se despidió de mí para irse á su casa, yo me quedé pensativa, como jamás lo habia estado.

Sentia necesidad de estar sola. Me despedí de mis padres y pasé á mi dormitorio. Al llegar á él, sentí una tristeza indefinible, una opresion de mi corazon y una melancolía rarísimas, y sin querer, las lágrimas asomaron á mis ojos.

Me acosté, recliné mi cabeza sobre la almohada y cerré los párpados; pero todo fué inútil, el insomnio ahuyentaba el sueño, como la luz ahuyenta la sombra.

Mi pensamiento vagaba en torno de una idea, y en su discurso yo me consideraba tan pronto feliz como desdichada, sin que pudiera darme la razon de alternativa tan antagónica.

Así pasaban las horas, y cada vez que oía el son vibrante de la campana del reloj que estaba en la habitacion inmediata á la en que yo me encontraba, volvía á querer conciliar el sueño, pero todo era en vano, el desvelo triunfaba del abatimiento del cuerpo y del espíritu.

Una vez, no sé si despierta ó dormida, soñé con el pintor de la Isla Tiberina, que se presentaba á mi imaginacion con ese aspecto melancólico y pensativo, que siempre reviste al artista, cuando forja en su mente las grandes concepciones.

Una vez lo ví junto al caballete trasladando con los pinceles, y de la paleta al lienzo, los colores puros que al combinarlos su génio hacia destacarse de la rasa superficie de la tela, la imágen del amor con sus alas leves como el suspiro de la brisa y blancas como la arcorza, con su arco y aljaba y su inmenso poder de seduccion. Ví que aquel amor agitaba sus alas y desprendiéndose de la tela y aniquilando todo lo

que en si habia de corpóreo, transformado en algo semejante á una ilusion, se venia con el arco tendido y en aligero vuelo á buscar abrigo en mi pecho; le senti llegar hasta lo mas recóndito del alma, y senti en el corazon la herida de sus dardos. Entonces exhalé un suspiro: el suspiro es el ¡ay! del amor.

Quise mirar nuevamente el lienzo donde se realizaban tan inconcebibles prodigios y ví que se habia convertido en un espejo. En él estaba retratado Miguel Angel. La dulzura de la sonrisa que se dibujaba en sus labios no sé lo que me hizo pensar; aquella sonrisa yo creí que me hablaba, que trocada en sonidos articulados, me decia: Débora tú eres la luz de mis ojos, el aliento de mi vida; tu amor será la hoguera que dispersará las sombras de mi espíritu y elevará mi fantasia en su columna de llamas hasta las cumbres mas puras, mas sublimes, mas excelsas!

Miré al espejo con fijeza, queriendo arrancarle con la mirada todos los secretos que se me antojó debia contener, y entonces, al clavar mis pupilas en las pupilas del retrato de Miguel Angel, ví que estas se dilataban de una manera asombrosa hasta que ocuparon todo lo posible del cuadro; me fijé con mas detencion, y ¡ay! mas valiera que no hubiese esforzado tanto mi inventiva, por que entonces descubri sobre el cuadro dos figuras que no podia reconocer, por mas que me empeñaba. Cada una de ellas tenia en el aro que le servia de marco, la imágen de un amor muerto. Hice un esfuerzo sobrehumano para ver si podia descubrir de quien eran los retratos, y ví, á favor de la exhalacion de un relámpago azulado, que eran el retrato de Judit, bella y pura como la luz que la iluminaba.

Entónces mi corazon se desbordó de amargura.

Miré otra vez el lienzo, creyendo mentira lo que habia visto; pero una sombra de muerte lo habia velado; quise ver si podia divisar algo, á través de aquel velo sombrío, y entónces se produjo un relámpago rojizo, encendido como la pasion, que al recorrer el misterio de las sombras me permitió ver mi imágen tal como yo era entónces.

Despues todo se llenó de sombras; un gas asfixiador que se esparcia en el ambiente, me ahogaba momento por momen-

to; me pareció que estaba sola en medio de las tinieblas y senti deseos de morirme. En ese mismo instante desgarró el silencio de la tiniebla un grito agudo, penetrante, indescible que me llenó de espanto.

Entónces me desperté.

De este modo me sorprendió el dia, á cuya llegada abandoné el lecho, y pareciéndome poca la luz que á torrentes invadia mi habitacion por las puertas que daban á un gran patio, abrí el balcon que tenia vistas al Tiber, desde el cual, en la tarde del dia anterior, habia visto por vez primera al pintor Arrezzo.

Miré creyendo encontrar abiertas las celosias de su balcon, pero me equivoqué: el mismo silencio y la misma inmovilidad de siempre rodeaban al palacio.

Casi todo el dia estuve leyendo junto al balcon, más sin saber lo que leía, porque á cada línea que recorria con la mirada, dirigia una mirada á la línea que separaba las hojas del balcon, de la Isla que para mí encerraba el arcano de los arcanos.

La intranquilidad mantuvo agitado mi espíritu, como la ráfaga inquieta á la nube de humo que flota ondulando en el éter.

(Continuará.)

Hace diez años

Bajo los sauces de ramaje triste
Se veía un arroyo serpentear,
Junto al arroyo, una casita blanca,
Unas cuantas colinas mas allá. . . .

Las palomas caseras por la tarde
Posábanse en la arena del corral,
Mientras mis ojos contemplaban ávidos
La fugitiva luz crepuscular.

Al borde del camino solitario
Las mariposas iban á buscar
Las entreabiertas flores de los lirios
Que empezaban el aire á embalsamar.

A la oracion. . . en el hogar reunidos
Mis buenos padres se encontraban ya;
Al caer la tarde y al nacer el dia
Nuestra primer tarea era rezar.

Ah! . . . si aquello era un nido de palomas
Lleno de encanto y de inefable paz,
En nuestros corazones Dios tenia
Su templo, sus creyentes y su altar.

.....
.....

Hoy, ya no existen mis dorados sueños,
Perdió sus galas el paterno hogar,
La amarga duda me robó las flores
Y las espinas me dejó no más.....

.....
.....

Junto á los sitios do corrió mi infancia
Ayer pasé montado en mi alazan,
Y solo ruinas contemplé donde ántes
Se alzaban las paredes de mi hogar.

El viejo ombú que me prestó su sombra
Derribado por tierra ví al pasar,
Y sus tostadas hojas esparcidas
Por el viento y la lluvia, aquí y allá. . . .

El llanto del dolor nubló mi vista
Ante el recuerdo de mi tierna edad,
Y sin volver los ojos, al galope
Lanzé por la llanura á mi alazán.

Victor Arreguine.

Flores y lágrimas

LÉJOS DE TI

Como las ya secas flores
que en la tarde triste y pálida
de otoño dispersa el viento
y en incierto giro arrastra;

Como la luz vacilante
que en la noche solitaria
poco á poco va extinguiéndose
hasta que por fin se apaga;

Como estrellas melancólicas
que cayendo mueren lánguidas —
esas lágrimas del cielo
que misteriosas resbalan. . . —

Así de mi ilusion bella
las flores ayer lozanas
los vientos de mi infortunio
hoy marchitas arrebatan;

Y con ellas de su amor
la luz que me iluminaba
tambien lenta ¡ay! va extinguiéndose
para nunca más gozarla!

¿Por qué tanto te he querido?
¿por qué quiso mi desgracia
que en ti pusiera los ojos
irreflexivo, entusiasta,

Si por premio á mi ternura
te he de ver siempre alejada,
como dulce bien perdido,
como ilusoria esperanza?

Tal vez no me quieres ya,
é indiferente á mis ansias
das á olvido mi cariño
que tus prendas me inspiraran.

Harto te comprendo, sí;
comprendo lo que te pasa;
comprendo tu alejamiento
y el desden con que me tratas.

Tienes razon. No, no debes
querer más á quien te canta,
pues el poeta, en su dolor
sólo es poderoso en lágrimas.

¡Ah! no busques, no, la dicha
donde abunda la desgracia,
pues el bien que to ofreciera
el tuyo quizá arriesgara.

Si la ambicion es escollo
en que el corazon naufraga,
en cambio el noble y sincero
al querer jamas engaña.

Yo un día te contemplé
tan hermosa, tan galana
como las flores del valle
de mi patria idolatrada.

Y te quise con encanto,
y te declaré mis ansias,
mi amor, porque yo te quiero,
te quiero con toda el alma.

Pero el temor y sospecha
que al querer puro acompañan
hicieron que á tu cariño
sin pensarlo ¡ay! renunciara.

Sí; y por eso es que te alejas,
por eso me desengañas
escondiéndote de mí,
tornando mi vida amarga.

Sol de mi ilusion hermoso
que en el ocaso desmayas
del otoño de mi vida
en la tarde triste y pálida,

No maldigas la ternura
que mi corazon te guarda,
pues amarte á ti es mi vida
á la par que mi desgracia.

¡Que nunca lloren tus ojos
tristes lágrimas amargas
como las que te revela
el trovador que te canta!

¡Deja, sin piedad, yo vea
las flores ayer lozanas
de mi amor, que el infortunio
las disperse hoy marchitadas,

Ya que la luz de tus ojos
que tanto me acariciara,
más se oculta para mí
para nunca más gozarla!

Rafael P. y Blanco.

Agonia

SONETO

Eterna noche en mi existir impera,
La noche del dolor, glacial y helada,
Donde nunca la luz de su mirada
Veré brillar, de dicha mensajera.

La duda el alma me desgarrar fiero,
La antorcha de mi amor está apagada,
Y el antro de la tumba despiadada
De mis despojos el banquete espera.

Acabó para mi toda alegría,
Mi corazón en lágrimas deshecho
Siente el frío mortal de la agonía.

La muerte de su presa está en acecho:
Mañana, cuando asome el nuevo día,
Un cadáver habrá sobre mi lecho.

Adriano M. Aguiar.

Montevideo 1885.

Día de difuntos

A D. C.

En el día de difuntos
Fuí con mi bella adorada,
A visitar á los muertos
Que en los sepulcros descansan.

Todos sus flores tenían
Formando bellas guirnaldas,
Sobre las lápidas mudas,
Sobre las lozas heladas.

Solo una tumba allí habia
Sin una flor, solitaria,
Bajo la copa de un sauce
Que triste sombra le daba.

Ay! cuando así yo descanse,
Dije á mi bella adorada,
En mi sepulcro sombrío
Habrá quien vierta una lágrima?

Habrán siquiera coronas
En mi loza solitaria?
No estará como esta tumba.
Mi tumba triste, olvidada?

Miguel F. Rodriguez.

Flores del alma

I

Si leyendo estas rimas incorrectas,
Sintieras palpar tu corazón,
Del modo que he sentido al escribirlas,
Quién será tan dichoso como yo?

II

Haber soñado en *Ella*; y encontrarla;
Pensar en su desdén! . . .
¡Qué triste es para el alma que despierta,
En medio de los sueños del ayer,
Pensar que al despertarse con la vida
Ya debe fallecer!

III

Yo te quise olvidar, y no he podido;
Yo te quise arrancar del corazón;
Pero todo fué inútil. . . ! De su centro
¿Quién es capaz de arrebatar al Sol?

IV

He pretendido en soledad absorta
Mi alma sorprender;
Pero siempre fué inútil, porque siempre,
Siempre allí te encontré!

V

Si eres tú el ideal? No, tu no eres
Solamente el ideal,
Tu eres. . . ; pero ¿cómo diré lo que tú eres
Si eres tú mucho mas?

VI

No ahogues en el pecho el sentimiento
Que en alas del amor sientas subir.
Dios te lo dió con vida,—tú no debes
Hacerlo sucumbir!

VII

Demuestra lo que sientas. ¿Tú no sábcs
Que es injuriar á Dios
Decir que el bien es mal? ¿No has aprendido
Lo que te enseñó yo?

VIII

Si tienes alma, y corazon, y sientes,
Y sábcs que es amor,
No me dirás que hay nadie que te ame
Cuál te idolatro yo.

IX

Ese mundo de estrellas luminosas,
Que pueblan el azul,
Con todos sus encantos y misterios,
No valen lo que tú!

X

Me dicen todos que en la miel del Hibla
Se encierra la dulzura mas preciada,
Y yo digo por mí, que en este mundo,
Mas dulce que tu amor no encuentro nada.

XI

¿Pretendes que aborrezca le existencia
Acibarando así mi corazon?
¿Toda la hiel del mundo no bastara
Para amargar la dulcedumbre rara
De la miel exquisita de tu amor!

Manrique.

—❖❖❖—

La idea

Brota la idea de la mente humana, como brota del pedernal al choque del eslabon, la chispa brilladora y fugaz que describiendo graciosas ondulaciones se retuerce y muere.

La idea se muestra unas veces, gigante, avasalladora y preñada de viril entusiasmo, echando por tierra tronos carcomidos, destrozando cetros, coronas y tiaras pontificias, para erigir la suspirada República, esa diosa sublime y redentora que cobija bajo los pliegues de su manto, á todos los valientes que sienten arder en sus corazones, el fuego sagrado de amor pátrio y libertad.

Otras veces se arrastra cual vil gusano por el inmundo cieno, restaurando vetustas y execrables monarquias, gobiernos autocráticos, abyectas tiranias ó ignominiosas teocracias; que son el eterno baldon de los pueblos que á ellas se someten, como cobardes esclavos que soportan con vil mansedumbre el dolor que les causa el látigo con que una mano cruel cruza sus espaldas, sin que suba á su rostro la vergüenza y sin que exhalen sus pechos un grito tremendo de justa indignacion.

Otras veces se viste con la túnica de Denjira; con el vil ropaje de la calumnia, derramando fétida y ponzoñosa baba, cuyos miasmas deletéreos, crean una atmósfera irrespirable y mortífera por dónde quiera que dirija sus temidos pasos.

Otras veces es ave voraz y fatídica que clavando sus aceradas garras en nuestras espaldas y azotándonos el rostro con sus robustas álas nos despeña en el horrible precipicio de la corrupcion, como despeña el águila al corderillo que há de saciar su hambre.

Otras veces es la válvula por donde se escapan los gritos de indignacion de un pueblo sujeto á la vil coyunda de un tiranuelo oscuro y rapaz, que veja la sociedad conculcando los principios más sagrados del derecho del hombre.

Otras veces encarna los mas nobles ideales y es el mas puro reflejo de los grandiosos sentimientos que alberga el corazon humano, exhalando el aromático perfume de la violeta, arrancando dulces armonías, notas amorosas, ayes de dolor, cantos llenos de fé y de esperanza, suspiros como la brisa ó rugidos como el aquilon.

Juventud! bella esperanza de la patria; columna del porvenir; que vuestros corazones latán siempre al calor de los mas puros y grandiosos sentimientos y vuestras almas vuelen ansiosas en pos de los mas nobles ideales

Eduardo D. Forteza.

—❖❖❖—

¿Que importa!

¿Que importa que el cielo
se vista de sombras?
¿qué importa que oculte

su luz pura el Sol,
si alumbra mi espíritu
la luz inefable,
la luz de mi vida,
la luz de tu amor!

La luz que escintila
tu ardiente mirada
que viene del alma
cual mágica luz,
y presta á tus dulces
divinos encantos
aureola fulgente
de eterna virtud!

¿Que importa que el aire
suspire tristezas
y amargas querellas
que infunden dolor,
si siento que exhála
tu pecho suspiros
que aumentan y elevan
mi férvido amor!

¡Suspiros fugaces
que tu alma desprende,
y aspira la mía
su vuelo al sentir:
son ellos perfume
de flor misteriosa
que debe en tu pecho
sus hojas abrir.

¿Qué importa que quiera
la ráfaga helada
besando mi frente
su ardor apagar,
si el fuego que encierra
proviene del alma, . . .
y quién helar puede
su ardiente volcán?

¿Que importa que el ceño
del negro nublado
atriste las galas
del fresco pensil
que arrancan salvajes,
las brisas de otoño,
si miro tu dulce
feliz sonreír!

¿Que importa que sienta
llegar hasta el alma
el ronco murmullo
que viene del mar,
si escucho tu suave

palabra armoniosa
que siempre en el alma
yo siento vibrar!

¿Qué importa que escuche
gemir la natura;
que importa que todo
me anuncie morir,
si dice tu ardiente
dichosa mirada
que puedo en tu pecho
por siempre vivir!

Montevideo, Abril 10 de 1885.

P. Ximenez Pozzolo.

Rima

Yo me forjé un ideal, como se forja
la mente una ilusion;
lo he llevado en el alma hasta que al verte
del alma se borró.

Poder.

Cantares

Ese espacio dilatado
que salpican las estrellas,
no pudiera contener
ni la mitad de mis penas.

Latidos inesperados
inquietudes y dolor,
crueldades y despotismo
¡tal te espera, corazón!

En el sitio donde vives
sin tú poderlo saber
á todas horas mis ojos
enamorados te ven.

Si yo fuera golondrina
al venir el mes de Abril
en vez de ir á otro suelo
moriría junto á tí!

Zenemix.